

**Intervención de Carmen Iglesias en la Fundación Obra Pía de los Pizarro,  
Trujillo, 4 octubre 2024**

---

Majestad, Señor, muchas gracias por Vuestra Presencia en esta grata reunión de las Academias de Historia de Iberoamérica, con el fin de reflexionar conjuntamente sobre nuestra historia común. Es un honor y una alegría teneros con nosotros.

Muchas gracias a todos en esta mañana. Y muchas gracias especialmente y con gran emoción a los Directores, Secretarios, o representantes de cada Academia, por haber venido del otro lado del Atlántico para nuestros tres días de conversatorios y amistad, para contrastar y reunir nuestras reflexiones y estudios sobre la HISTORIA COMÚN, esa historia que hemos hecho y hemos caminado a lo largo de los siglos,

Saber de dónde venimos, conocer y aceptar nuestra historia en toda su complejidad y riqueza, con sus sombras y sus luces, fortalece nuestra existencia, la individual y la colectiva. Fue en el Congreso que tuvo lugar aquí mismo en octubre de 2022, con la hospitalidad y generosidad siempre de Hernando de Orellana-Pizarro, cuando las cuatro Academias de la Historia: México, Perú, Argentina y Puerto Rico, y nuestra Academia de la Historia y la propia Fundación que nos acoge hoy, coincidimos en la importancia de reunirnos con todas las demás posibles de Iberoamérica. Y así ha sido. Salvo dos ausencias –Venezuela y Ecuador-, que no han podido venir, están representados todos nuestros países. Si ha habido en ocasiones relaciones políticas difíciles, en uno y otro lado del Atlántico, nunca se ha roto en los sectores historiográficos y vivenciales la relación entre españoles e iberoamericanos en todo lo que nos unía de un lado y otro a lo largo del tiempo.

La posibilidad de compartir ahora Proyectos comunes es una realidad conseguida, entre otras, en el Portal de Historia Hispánica. El Portal de Historia Hispánica, que tuvimos el honor de presentar el año pasado en el Palacio Real, en un día inolvidable presidido por Vuestra Majestad y la reina Letizia, es un proyecto común en su origen y debe seguir siéndolo en su desarrollo y evolución. La participación activa de miembros de vuestras Academia en su elaboración, como ya lo hicieron en la del Diccionario Biográfico, hoy integrado en el portal, es un ejemplo de nuestra labor conjunta.

Como saben, en este proyecto pionero a nivel mundial, se geoposicionan y describen más de 50.000 personajes y más de 20.000 acontecimientos de la “Historia Hispánica” y lo llamamos así, “Historia Hispánica”, porque abarca todos los territorios donde se desarrolló nuestra historia común. Están contenidos en ese portal desde los caciques indígenas hasta los primeros presidentes de vuestras Repúblicas, abarcando todos aquellos elementos del pasado que han supuesto un eslabón en la cadena de acontecimientos compartidos; como decía, muchos de ellos redactados por miembros de vuestras corporaciones o historiadores de vuestros ámbitos geográficos. Personajes fascinantes que cruzan cordilleras y océanos, llevan a cabo creaciones artísticas deslumbrantes o siembran en el corazón y la mente de sus generaciones las semillas de numerosos frutos del presente.

Proyectos como este son un espacio de colaboración, donde contribuir juntos a describir de forma polifónica un pasado común, singular y mestizo, atrayente y complejo, que dio como resultado una comunidad pujante con presencia significativa en el mundo actual: 25 millones acumulados de usuarios y consultado en 194 países, con una media de permanencia en internet de cinco minutos. Es verdaderamente un éxito, nos copiarán seguramente otros países, pero en este momento somos únicos y hemos enriquecido el avance del conocimiento histórico y de la propia tecnología; y por ello, entre otros premios, hemos recibido el premio ASLAN -un premio tecnológico para Humanidades- de la Asociación Tecnológica de las grandes empresas internacionales.

Historiadores y escritores españoles y americanos han reaccionado en medio de la iconoclastia revivida en este siglo XXI o contra las distorsiones históricas anteriores publicando, con objetividad equilibrada, la “verdad de los hechos” (con minúsculas), para recuperar la veracidad de la Historia.

La verdad factual, que describe la historiografía rigurosa: los hechos han sucedido y no se pueden cambiar. Hanna Arendt ya señaló en sus brillantes escritos sobre “verdad y mentira en la política”, que además de exponer esos hechos, hay que explicarlos para entender su realidad, acompañándolos de interpretación objetivada en todo lo posible, pues nuestro mundo es un mundo de significados y, sin ellos, pierde todo sentido, como han demostrado las ciencias cognitivas de nuestra época: sin significación no podemos vivir. En historia, corresponde al historiador mantener las líneas divisorias entre el

hecho, la opinión y la interpretación; con su rigor investigador de los hechos en su contexto, siempre complejo, bajo el imperativo ético profesional de la búsqueda de la verdad (siempre en minúscula no verdad absoluta) o, como titula su libro el historiador Enrique Sueiro, deshacer tantas “*Mentiras creíbles y verdades exageradas*”.

Como es sabido, pasado el primer momento de descubrimiento y conquista de luchas cruentas, en unos lugares más que otros del Nuevo Mundo, y con la ayuda de pueblos indígenas aliados con los españoles (caso de Hernán Cortés), solo la Monarquía Hispánica protegió a los pueblos indios y solo el mundo hispanoamericano puede estar orgulloso de un **mestizaje** que señalaban, entre otros, Carlos Fuentes, o John Elliott, o León-Portilla. No sólo mestizaje biológico, sino un proceso cultural, creativo, recíproco y enriquecedor por ambas partes: “eran portadores de sendas herencias mestizas” (León-Portilla). Siempre han sido las fronteras hispanas “fronteras de inclusión”, dejó dicho Elliott, frente a las “fronteras de exclusión” de los anglosajones. Hay algo obvio e irrefutable: que la historia del mundo no se puede entender sin España y América.

Los españoles, la Corona española, los descubridores y conquistadores llevaron al Nuevo Mundo simplemente lo que ellos tenían: su lengua, su religión, su organización social, un corpus legislativo, su cultura con los valores de la civilización occidental, todo lo que eran y tenían. Ningún encuentro de pueblos diversos, de descubrimiento y conquista, es idílico o pacífico. Pero, a diferencia de otros imperios y de lo que fue la colonización mundial a partir del siglo XIX, las Indias no fueron nunca colonias.

A uno y otro lado del Atlántico, todos los súbditos de la Monarquía Española eran iguales ante el Rey y tenían los mismos derechos. Las Leyes de Indias y otras disposiciones sucesivas, permitían recurrir ante los tribunales de justicia a los súbditos del Rey de España, con la potente protección de la Monarquía Hispánica o Monarquía Española como se llamaba en su época. Como señalaba también Hanna Arendt en su gran obra “los orígenes del totalitarismo”, no puede haber derechos humanos si no hay poder estatal o global dispuesto a protegerlos. Las indias no fueron colonias, el mestizaje -como decía Carlos Fuentes- ha sido y debe de ser el gran orgullo diferenciador contrario a todo racismo. La Monarquía Hispánica fue policéntrica alrededor el Mundo, México fue el centro más importante de esa Monarquía, pero había

varios a uno y otro lado del Atlántico. La universalidad fue un hecho que cambió el mundo. Con sus costos y sus aciertos.

Como escribió Fernán Pérez de Oliva en su “*Historia de la invención de las Indias*” (c.1520), Colón partió de España “a mezclar el mundo”.

Todo un rico sistema de comunicaciones por tierra y mar facilitó aquella *primera globalización*. Las rutas terrestres y los caminos reales fueron muy temprano una prioridad en la política de la Corona. Y las rutas marítimas tejieron la primera red global de intercambio de información e interacción. Como afirma Martín Cortés en su prólogo a D. Álvaro de Bazán, “a los que la distancia del lugar y la naturaleza hizo extraños y apartados, la navegación los volvió comunes y juntos. Y aun no erraré si dijere concordes...”<sup>1</sup>. Así fue.

“Nos encontramos, por tanto, como han estudiado tantos historiadores excelentemente con “un mundo globalizado, donde gracias a los avances en navegación [...], los intercambios de bienes, conocimientos y culturas se multiplican a una escala hasta entonces desconocida”<sup>2</sup>

Los libros y la cultura circunvalaron por el mundo cruzando océanos en viajes y tornaviajes cuya peripecia es apasionante reconstruir. Hubo todo un “trasiego de papeles” en “océanos de libros”<sup>3</sup> y en ese “intercambio” entre el Viejo y Nuevo Mundo hubo toda variedad de escritos: “textos que van y vienen acompañando a sus dueños, manuscritos que viajan a España para retornar en letras de molde a América, impresos americanos que se envían a la Corte e impresos americanos que se vuelven a publicar en España para su difusión en Europa”<sup>4</sup>. Se fue construyendo, poco a poco, “todo un imaginario compartido y un universo común de referencia en el que las influencias son

---

<sup>1</sup> Apud Silva, Manuel y Sancho Menjón, M<sup>a</sup>., *Ingenios y máquinas y navegación en el Renacimiento*, Zaragoza, Caja de Ahorros de la Inmaculada de Aragón, 2001, pág 50.

<sup>2</sup> Chirinos, Andrés, “Las lenguas: impresos y manuscritos en el virreinato peruano”, en Ruiz Rosas, Alonso y Ortiz Canseco, Marta, *Libros y autores en el virreinato del Perú. El legado de la cultura letrada hasta la independencia*, Madrid, Insituto Cervantes, 2021, pág 75.

<sup>3</sup> Rueda Ramirez, Pedro, “Libros viajeros: textos en circulación en el Mundo Atlántico”, en Vila Vilar, Enriqueta y Lacueva Muñoz, Jaime J. (coords.), *Mirando las dos orillas: intercambio mercantiles, sociales y culturales entre Andalucía y América*, Sevilla, Fundación Buenas Letras-Real Academia Sevillana de Buenas Letras, 2012, págs. 412 y 418.

<sup>4</sup> *Ibidem.*, pág 416.

mutuas”<sup>5</sup> “en un flujo regular de bienes, dinero, gentes y cultura”<sup>6</sup>. Después de un largo tiempo en que la navegación atlántica había sido “esencialmente costera”<sup>7</sup>, poco a poco el océano fue convirtiéndose en un “nuevo *Mare Nostrum*”<sup>8</sup>. Gracias a la Carrera de Indias, por un lado, y al Galeón de Manila, por otro, se fue tejiendo toda una red, todo un sistema de comunicación naval que unió mediante rutas marítimas todo el mundo conocido. La Carrera de Indias se convirtió en “una gran autopista que unió los dos continentes” (expresión de Pérez-Mallaina apud Vila Vilar, 2012: 45) y el Atlántico se transformó en un nuevo *medi-terráneo* en el sentido en que quedaba en medio -ahora sí- de dos tierras. “No hay más que un mundo único” diría el Inca Garcilaso.

Esas rutas marítimas transportaron mercancías, bienes, personas, noticias, espíritu de época. Las nuevas llegaban del uno al otro lado con una cadencia continua. El llamado códice Chimalpahin, por ejemplo, permite estudiar estos plazos. Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin, cronista mexicana, fue anotando -en el volumen III- en forma de anales en náhuatl y en español todo aquello que sucedía en el mundo entre 1577 y 1615. Se consideraba a sí mismo como miembro de un Reino Universal gobernado por un Soberano Universal: el Rey de España<sup>9</sup>. Así en las notas correspondientes a su propio tiempo, como, por ejemplo; el asesinato de Enrique IV. Puede calcularse lo que tardaban en llegar las noticias desde Europa al Nuevo Mundo: sucedido el magnicidio el 14 de mayo de 1610, Chimalpahin lo consigna el miércoles 8 de septiembre de ese mismo año, esto es, menos de cuatro meses después. También se conocen esos plazos por la información que consta en los puertos de salida y llegada: “Hoy sabemos que las primeras naos que llevaron la edición *princeps* del Quijote partieron hacia América el 5 de mayo de 1605 y llegaron a Puertovelo el 19 de agosto del mismo año, unos 200 ejemplares en sus bodegas [...]”<sup>10</sup>

Testimonios de esta universalidad, y pertenencia al tiempo, a una vasta organización cultural integradora, hay muchos. No resisto mencionar la primera vez que aparecen Don quijote y Sancho en la América Hispana, en una vistosa fiesta, con una procesión

---

<sup>5</sup> *Ibidem.*, pág. 423.

<sup>6</sup> Martínez Montes, Luis Francisco, *España, una historia global*, Madrid, Global Square Editorial, 2018, pág. 185.

<sup>7</sup> Silva, Manuel y Sancho Menjón, M<sup>a</sup>, *Ingenios, máquinas y navegación en el Renacimiento*. *Ibidem*, pág. 27.

<sup>8</sup> Vila Vilar, Enriqueta, *Hispanismo e hispanización: el Atlántico como un nuevo Mare Nostrum*, discurso de ingreso, Madrid, Real Academia de la Historia, 2012, pág. 43.

<sup>9</sup> Martínez Montes, Luis Francisco, *España, una historia global*, *Ibidem*, pág. 285.

<sup>10</sup> Maillard Álvarez, Natalia, “El libro entre el Atlántico y el Pacífico en la época de Cervantes”, en *El español en el mundo. Anuario del Instituto Cervantes*, Madrid, Boletín Oficial del Estado, 2013.

solemne en una región del Perú –Pausa es su nombre, comprensión de Parinocochas (actual departamento de Ayacucho)-, cerrando el gran cortejo de españoles y tribus indias perfectamente engalanadas, para celebrar la noticia de un nombramiento de nuevo Virrey del Perú (don Juan de Mendoza y Luna, marqués de Montesclaros). Incluso desfilaron también otros personajes de Cervantes. Nuestra historiadora y académica Carmen Sanz, nos lo descubrió en una preciosa conferencia y lo que es más llamativo es que esta fiesta se celebró en 1607, es decir, solo dos años después de la edición de la Primera parte del Quijote en España en 1605.

Toda una serie de “eslabones humanos”<sup>11</sup> fue formando una cadena de comunicación gracias a estos “hombres que vencieron las distancias”<sup>12</sup>. Como escribió Martín Cortés en su Breve compendio de la *Sphera y de la Arte de navegar* (Sevilla, 1551), para caminar por la mar “era necesario poner los ojos en el cielo” (f. 111)<sup>13</sup>. “El paso de tantos hombres entre los continentes teje vínculos a la vez que ofrece una cuenta continua de información y de conocimiento”<sup>14</sup>

Hubo, por tanto, un importante trasvase literario y cultural a través de los océanos y “[...] el intercambio de ideas y el comercio de libros era constante entre Europa y la América hispana y [...] la vida universitaria no era allí diferente de la que existía en el Viejo continente”<sup>15</sup>. Hubo también un descubrimiento cultural” recíproco por ambas partes, y los libros de todo tipo estuvieron presentes en el Nuevo Mundo desde el primer instante llevando la mejor cultura europea del momento.

En fin, la universalidad y la rápida comunicación fue un hecho que cambió el mundo. Ya en otras ocasiones he expresado cuanto sorprende todavía la gran movilidad de todos aquellos viajeros atravesando los océanos. Alexander von Humboldt, por ejemplo, en su famoso recorrido por América, a finales del siglo XVIII y principios del XIX con especial permiso de Carlos IV para ser atendido por las autoridades de la América Hispana, aunque no era precisamente pro-español, trasluce en sus escritos objetivamente su admiración y asombro por lo que ve: la todavía excelente administración (se

---

<sup>11</sup> Gruzinski, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, Ibidem, pág. 127.

<sup>12</sup> Vila Villar, Enriqueta, *Hispanismo e hispanización: el Atlántico como nuevo Mare Nostrum*. Ibidem, pág. 63.

<sup>13</sup> Silva, Manuel y Sancho Menjón, M<sup>a</sup>, *Ingenios y máquinas y navegación en el Renacimiento*, Ibidem, pág. 44.

<sup>14</sup> Gruzinski, Serge, *Las cuatro partes del mundo. Historia de una mundialización*, Ibidem, pág. 127.

<sup>15</sup> Roca Barea, Elvira, *Imperiofobia y leyenda negra. Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Madrid, Siruela, 2016, pág. 305.

maravilla de la rapidez del correo, por ejemplo, una carta depositada en Río de la Plata llega a Nueva España, a México, en menos de doce días, en aquella época; en el trato de los indígenas no oculta los posibles abusos, pero señala la importancia de las Leyes de Indias o la protección de la Corona, o la supervisión rigurosa de intendentes o inspectores incluso a los virreyes y altos funcionarios. O, como nos cuenta en un gran libro D. Luis Díez del Corral, Humboldt relata divertido su encuentro, más arriba del Orinoco, con una pequeña tribu de zambos (hijos de negro e india), bajo la protección del Rey de España y la recepción solemne y al tiempo “familiar” con que se le agasaja. El jefe del lugar le pregunta por su “primo” el rey, se considera “caballero blanco”, aunque sea de color negro, y le presenta a su mujer y a su hija, que se llaman Doña Isabela y Doña Manuela. Sin haber salido jamás de las orillas del río Apure, el cacique seguía con vivo interés “las noticias de Madrid” y todas las cosas de allá. También nuestro viajero Humboldt se recrea con el talento musical de los indios salivas, a quienes los misioneros jesuitas habían convertido en virtuosos del violín, del violonchelo y de la flauta. Y, desde luego, no tiene más remedio que reconocer la belleza e importancia de las ciudades por las que pasa, de sus catedrales y edificios, de las Universidades en Hispanoamérica dos siglos antes que en el Norte Anglosajón (recordemos que México, Lima, Santo Domingo, tuvieron Universidad desde el siglo XVI y siguieron fundándose otras durante los siglos XVII y XVIII) y nuestro viajero no puede ocultar cierta decepción cuando llega a una Filadelfia que nada tiene que ver las urbanas hispanoamericanas<sup>16</sup>.

Antes de finalizar hay que referirse a esa falacia política de “reconocimiento de culpas” –quinientos años después de acontecimientos históricos complejos-mezcolanza política-moral-populista-victimista de nuestros tiempos. Aparte de que no se puede llegar a medir si lo negativo fue mayor que lo positivo o viceversa, ni nadie puede ser juez omnipotente de cosas pasadas hace siglos en contextos históricos diferentes, uno puede perdonar a *sus* enemigos, señalaba Agnes Heller, pero no puede perdonar en nombre de otros <sup>17</sup>. Y Arendt especialmente nos proporciona claves básicas respecto a la diferenciación entre *culpa* y *responsabilidad* (y en ésta hay grados) y ambas son siempre *individuales*. No existen colectivamente. *La culpa* –sigue Arendt- *tiene nombre*

---

<sup>16</sup> Díez del Corral, Luis, “La Monarquía de España en el pensamiento político europeo. De Maquiavelo a Humbolt”, Madrid, *Revista de Occidente*, 1975. Reedición Alianza Editorial, 1987.

<sup>17</sup> Heller, Agnes, *Historia y futuro*, Península, 1991.

*y apellidos y es fundamentalmente individual.* Existe una responsabilidad por las cosas que uno NO ha hecho, *pero no existe algo así como el sentirse culpable por cosas que han ocurrido sin que uno participe activamente en ellas.* La aparente “noble y tentadora” afirmación de que “todos somos culpables” es una exculpación de los realmente culpables; es en definitiva, “una declaración de solidaridad con los malhechores”, Donde todo el mundo es culpable, nadie lo es. Con frecuencia –añade Arendt- es un “falso sentimentalismo”, metafórico y donde todo queda difuminado. Un presentismo que falsea el pasado. El perdón, como la culpa y la responsabilidad, solo existe entre los individuos, las personas concretas y no un colectivo abstracto (Estado, pueblo, etc.). Las sentencias y el propio juicio, incluso cuando se trata de un grupo culpable al unísono, son uno a uno e individuales, el juicio es siempre a cada una de las personas y no al grupo como tal. Las normas legales y las morales tienen el rasgo común decisivo de que “siempre hacen referencia a la persona y a *lo que la persona ha hecho*”<sup>18</sup>. Así que debemos disculparnos o pedir perdón por nuestros propios errores o fallos individuales, no expulsar la piedad, la compasión, el reconocimiento de lo que hemos hecho mal y la cortesía de la disculpa, o las palabras de agradecimiento en su caso, pero son siempre individuales y bases de la convivencia. Nada por lo que pedir perdones colectivos. Rara vez están libres de algún tipo de venganza, como ha señalado Iwasaki, el historiador y escritor peruano español<sup>19</sup>. Hay que saber de lo que estamos hablando

Desde la perspectiva médica, ya Carlos Castilla del Pino, médico y científico, en su imprescindible libro sobre la culpa, señalaba su carácter “singular”, plenamente individual y atenido a su acción personal. Aparte de apuntar a su origen religioso, insiste en que no hay “culpas colectivas” porque ello “supondría la negación - **empíricamente inaceptable**- de las posibilidades, siempre distintas, de cada uno de los miembros de la colectividad”. Y, en oposición a Jaspers sobre esta cuestión, vuelve a afirmar que “desde el punto de vista objetivo, la culpabilidad total de un país es tan falsa como lo sería la estimación de un mérito colectivo”<sup>20</sup>.

---

<sup>18</sup> Arendt, Hanna, *Responsabilidad y juicio*, Barcelona, Paidós Básica, 128, 2007, pp. 49-74 y 151-159. *Verdad y Mentira*, Página Indómita, 2016.

<sup>19</sup> Iwasaki, Fernando, “Del perdón como venganza”, *ABC de Sevilla*, 28 septiembre 2024.

<sup>20</sup> Castilla del Pino, Carlos, *La culpa*, Madrid, 1968, Revista de Occidente, pág 291, nota 1.

Acabo ya, cuando alguien nos dice que no existe la Historia ni los hechos objetivos, hay que desconfiar: Nos quieren imponer su “historia” particular. Como señalaba Hanna Arendt, el margen de desconocimiento o incertidumbre que, como todo lo humano, podemos tener, nada justifica que se eliminen las líneas divisorias entre el hecho, la opinión y la perspectiva e interpretación documentada y siempre abierta a nuevos datos que puedan cambiar o matizar los hechos acaecidos. Cuando las opiniones se imponen sobre los hechos hay que salir corriendo. (Lo que hizo ella ante los nazis).

Los españoles llevaron consigo a América las raíces griegas, romanas y cristianas que configuraron Europa. Como escribiera mi maestro Luis Díez del Corral, la España de tales gestas “no era una sociedad militar” (a diferencia por ejemplo de la Suecia del siglo XVII y luego los casos de Prusia o Rusia). La España que venía de un enfrentamiento de ocho siglos con los musulmanes “era un país con vocación guerrera - pero no militarista- capaz de movilizar para llevar a cabo sus hazañas bélicas gentes de las más variadas nacionalidades de Europa”. De ahí que en los reyes españoles abunden más los retratos cortesanos como esenciales, más que retratos de poder militar (Velázquez, es el modelo en el que profundiza Díez del Corral), y de ahí que, en todas las campañas, tanto en Europa como en América, gentes y figuras señaladas de distintas procedencias se reúnen y reclutaban bajo las banderas del Rey de las Españas<sup>21</sup>. La universalidad, el mestizaje, la igualdad jurídica de todos a un lado y otro del Atlántico como súbditos del Monarca, es un sello especial -aunque nada puede ser idílico, pero sí diferenciador: ese sello es el de la Monarquía Hispánica.

La historia del mundo no se entiende sin la historia de España y la historia de España no se entiende sin la historia de América.

Muchas gracias, Señor, muchas gracias a todos.

Carmen Iglesias

---

<sup>21</sup> Díez del Corral, Luis, *Velázquez, la Monarquía e Italia*, Madrid. Espasa Calpe, 1979.